

BIOGRAFÍA DIANA ABOYTES

Diana Alejandra Aboytes Martínez. Originaria de la ciudad de Celaya. Narradora y poeta. Desde 2011 miembro activo del Taller Literario Diezmo de Palabras.

Ha participado en concursos literarios nacionales e internacionales donde quedó seleccionada y apareció en antología. Por citar algunos, Letras con Arte, Diversidad Literaria, -ambas de España-. Y en foro el Tintero de manera electrónica.

En el año 2017, envió muestra y fue seleccionada para participar en el seminario de letras Guanajuatenses, coordinado por el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato. Dirigido por Raúl Bravo.

Tuvo varias colaboraciones de narrativa y poesía en el diario electrónico Es lo Cotidiano en Tachas, de Leopoldo Navarro. Y con frecuencia contribuye con obras en el periódico El Sol del Bajío.

Libros de antología en los que ha colaborado de manera literaria por orden de aparición:

En 2012, El Oro de Los Trigos, crónica de la nueva literatura celayense. Con los poemas, Alucinaciones, Tinta seducida, Mujer, Escribo y Como mar embravecido.

En 2014, fue seleccionada en Cuentos del Sótano V. Endora ediciones. Con el cuento, Juegos de sal.

En 2015, como parte de la selección, la publicaron en Voces de Laja, narrativa. Dos cuentos titulados, El enigma de Enrico Dubain y Fetiche.

En 2017, se editó la primera antología del Encuentro Internacional de Escritores XIII. Por ser participante del encuentro, aparece en ella con los poemas, Humo que me bebo cada noche, Desde el inicio de los tiempos, El lado vacío de un martes y Mujeres de humo.

En 2018, Umbral, poesía y narrativa, muestra de escritores celayenses. Con cinco poemas, Ya no, Alquimia, Desde el inicio de los tiempos, Ecos del silencio y Golpes de huracán en la memoria.

En 2019, La risa remedio infalible, antología de cuentos de humor. Cuento publicado, Curiosidad peregrina.

Reseña por Enrique R. Soriano Valencia

ENTRE EL PLACER Y EL ASOMBRO

La poesía es hoy uno de los géneros literarios de mayor práctica entre quienes aspiran a tener un lugar como escritor; en la antigüedad, la poesía era la literatura. En los albores de la civilización, solo los iniciados, los muy pocos que sabían leer y escribir, buscaban preservar la historia, los libros sagrados, las grandes biografías en el único género que reunía todo: la poesía. La palabra era poesía y sin poesía la palabra estaba agotada.

En ella se guarda la música; en ella se halla el pensamiento escondido; en ella se ubica la pasión humana; en ella se asienta la quinta esencia del ser humano: lo que lo hace diferente de todos los otros seres de la creación: musicalidad, razón, inteligencia, escritura, risa y gozo son las particularidades que definen a la raza humana. A escribir aspiramos muchos, pero a dominar todo lo que encierra la poesía como resguardante de la condición de humanos solo le está permitido a quienes llegan a la llama de Prometeo.

La poetisa Alexxa Dy Mar, cuyo nombre real es Diana Alejandra Aboytes Martínez, nació en Celaya un 31 de enero. Desde este rincón de Guanajuato se ha nutrido y

formado para ser digna heredera de la palabra como poesía. No obstante, también cultiva prosa con la sensibilidad poética. De su musicalidad, surgen letras arrebatadoras porque de los caminos del erotismo nace la propia humanidad, con las dos acepciones del término. Con dominio de la palabra, al igual que el erotismo, esconde sutilmente el centro de la maravilla del ser humano. Con ello atrae y recrea; seduce e incita; provoca y arrebatada con la dulce caricia de la imaginación; con el atractivo velo de obligarnos a descubrir lo que conocemos, pero que con sus referencias nos lleva a paladear lo que solo en la mente ella ha construido con sus metáforas.

Alexxa tiene un trato afable. No se le descubre poeta hasta que se leen sus textos. Es digna representante de su sector por el maquillaje, las uñas y vestir coqueto. Pero esos rasgos comunes superficiales ocultan el terciopelo del erotismo que sobresale de la hoja que contiene sus textos.

En El enigma de Enrico Dubain, Alexxa nos presenta un hombre de mundo que se ve atrapado por la belleza integral de una modelo en el lienzo. ¿Su pasión le da vida o la vida la absorbe de los magistrales trazos, cual Pígalión? Ni duda cabe en que su cotidianidad se altera por la adquisición de un cuadro que ahora será su culto secreto.

Alexxa, así, nos comparte el placer de las caricias de unos vocablos medidos, dosificados, que despiertan el sistema endocrino para esparcir por todos nuestro cuerpo las sustancias de bienestar. Así, sus letras y las figuras que recrea en nuestra mente multiplican el ritmo cardíaco y nos hacen revivir caricias reales, que en sus trazos llevan poco a poco al clímax de sentirnos fundidos con el Universo... como su personaje.

Su obra nace en un corazón representativo de la humanidad, pero singularizado por la bondad de compartir lo que ha descubierto del Cosmos.

En La mejor jugada, la autora nos plantea la timidez como impedimento para validar la condición de ser humano lleno de pasión y deseos por asirse de los dinteles de la gloria. La suerte de la personaje hace que las malas jugadas de sus compañeras la lleven a lo que su propio anhelo reclamaba. Así el Universo se confabula para lograr lo que la timidez no permitía.

Los personajes no solo juegan al erotismo, son objeto y sujeto en él. Una simple descripción y un estremecimiento en la espalda del lector se registra cuando en El infinito universo de la palma de la mano Alexxa describe las técnicas de seducción.

Con su prosa, entonces, Alexxa demuestra que la poesía se halla en reconocer al ser humano como la armonía que mueve la dinámica humana.

El amor es lo que mueve al Universo. Cada criatura lo sabe, pero Alexxa nos lo da en una charola que no es de plata, sino de algo más valioso: la mezcla de su buen decir para bien imaginar y para extasiarnos en la recreación interna de revivir el Big Bang primigenio.

CUENTOS

LA MEJOR JUGADA

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Contraria a los estándares de las medidas perfectas, Medarda era una chica más bien rolliza, de mirada profunda y labios prominentes. De su cabeza pendían unos rizos castaños que bajaban en cascada por sus hombros. Tenía cierto imán con el sexo opuesto. A pesar de no ser una mujer fatal, era cautivadora. En la universidad, con frecuencia se le veía rodeada de varones. Sus redondeadas formas ponían como roca a más de uno. Por esa razón, sus compañeros la apodaban, Medusa.

Pero a ella sólo le atraía uno de ellos. Era algo así como su Perseo, porque por él ¡sí que perdía la cabeza! Ese chico apenas y le dirigía la palabra y evitaba mirarla a los ojos.

Algunas de sus compañeras al verse desplazadas por su presencia, decidieron jugarle una broma. Organizaron una fiesta en la piscina en casa de una de ellas. Querían hacerle pasar un mal rato con aquello del traje de baño. Por supuesto, a Medusa no le intimidaba mostrar su curvilíneo cuerpo en poca ropa y el día de la fiesta lucía sensacional. Por consiguiente, sus compañeros la asediaban.

Las chicas ardían, y no precisamente por el sol que caía como plomo sobre ellas en la alberca. Idearon otro plan. Con un pretexto le pidieron pasar a una de las recámaras. Confiada entró y cuando intentó salir se percató que la puerta estaba asegurada por fuera. Comprendió la mala jugada.

Transcurrido un momento, con engaños metieron al tímido de la clase al mismo cuarto. ¡Vaya suerte!... encerrada con el chico que tanto le gustaba.

La timidez se perdió. A horcajadas, con rítmico movimiento de caderas, Medusa deseó que el encanto de haberlo convertido en “piedra” durara una eternidad.

EL ENIGMA DE ENRICO DUBAIN

Diana Alejandra Aboytes Martínez

La galería lucía a su máxima capacidad. Se habían dado cita a la inauguración todos los amantes del arte del pincel, pero también uno que otro llegó impulsado por la curiosidad y el antojo de los bocadillos que acostumbran dar al final.

Entre los asistentes figuraba un caballero, Enrico Dubain, conocido en la elite social por su economía holgada y el gusto por la cultura. Contaba con el privilegio en su buen porte y soltería. Aunque la juventud y él ya no caminaban a la par, era del tipo de hombre que la madurez les regala un aire interesante. Recorrió las salas. Se exponían obras de un pintor prolífico. Desnudos de bellas féminas caracterizaban su trabajo. Era notorio cómo en cada curva –de esas caprichosas que todo cuerpo de mujer tiene- su trazo lo deslizaba varias veces. Como queriendo hacer suyo cada espacio que este le ofrecía. La pasión con que delineaba sus pinturas parecía quedar contenida en éstas. Era algo indescriptible que sólo la vista adivinaba.

Enrico admiraba cada obra, pero la rutina le cegaba y le parecía que todas no pasaban de ser como otras tantas de cada exhibición. Faltaba por caminar otra sala, estaba a punto de desistir pero algo le empujó las ganas y cuando menos pensó ya la recorría. Sus ojos llenos de monotonía miraban sin ver, hasta que topó de frente con un cuadro donde la musa fue perfilada de cuerpo completo... cabellos largos caían suavemente por sus hombros, su pícara y expresiva mirada fue cautelosamente grabada en el lienzo, tanto, que él sintió cómo esos ojos

lamían su mirada provocándole reacciones químicas. Los carnosos labios sensualmente coloreados en intenso carmín, semejaban pulposo fruto. Sus redondeados pechos finamente realzados por un rosáceo pezón. Las pronunciadas caderas sostenidas sobre unas torneadas piernas. Finalizaba el paisaje con unos menudos y descalzos pies. A su desnudez sólo la ornamentaba un collar de rubíes que le fue colocado en relieve. Sin perder tiempo, Dubain buscó al artista para pagar lo que fuera y llevar a su hogar la belleza. Llegó a su casa. Desesperado cual niño arranca la envoltura de su nuevo juguete, parecía encontrar placer en cada rasgueo del papel que lo cubría. La observó nuevamente y buscó espacio entre obras de reconocidos autores que pendían de sus muros. Un sitio vacío parecía estarla esperando. Colocó un pequeño reflector a los pies del cuadro y la iluminación intensificaba el magnetismo que la pintura contenía.

Subió a su recámara satisfecho de su nueva adquisición. El sueño lo abrazó, sin resistirse a él, ya en breve dormía profundamente. Al amanecer, Enrico despertó cansado, pero con ese agotamiento placentero que sólo el sexo proporciona. No prestó importancia. Se duchó y salió al desayuno que las reconocidas Corcuera y Santibáñez ofrecían, sólo con el fin de figurar en las páginas de la socialité.

El caballero regresó entrada la noche a casa, con el buqué del vermut en la sangre y las ganas de dormir cerrándole los ojos. No supo cómo pero llegó a su cama. Cerró los parpados y se perdió. Al poco rato sintió el resbalar de un cuerpo sobre el suyo y unos labios recorriendo su cuello... besos que bajaban lento a los lugares precisos donde el placer es imperioso. A la mañana siguiente le vino el vago recuerdo de lo sucedido en la madrugada. Supuso que los sopores etílicos lo afectaron al grado del delirio.

Era domingo, decidió salir a la plaza y conversar con viejos amigos. Volvió temprano, las desveladas ya no las toleraba una tras otra. Se recostó, tomó el libro empastado en piel que descansaba en su mesita de noche. Leyó por un buen rato hasta que sintió necesidad del sueño. Avanzó la noche y un rayo de luna se coló por la ventana. La alcoba ofrecía claroscuros que pronto fueron aprovechados por la misteriosa mujer que al sumergirse entre las sábanas poseía deliciosamente el

cuerpo de Enrico. El violento cabalgar de ella logró que él despertara por completo. El hombre, entre el placer y el asombro no sabía que ocurría. Sólo veía unos largos cabellos agitándose de un lado a otro y el brillo de un collar dando destellos a unos pechos en movimiento. Hasta que la intensa mirada de ella chocó con la de él. Fue entonces que reconoció a la musa de su nueva compra.

Pasaron los días, todo era calma en esa casa. Los amigos comenzaron a echar de menos a Dubain. Era extraño no verlo en las cuantiosas reuniones acostumbradas. Preocupados, decidieron buscarlo en su casa. Llamaron a la puerta sin obtener resultados. Tomaron la llave de emergencia y apuraron a pasar. Recorrieron todo sin encontrar nada extraño, hasta que uno de ellos con el rostro desencajado miraba el cuadro con la pintura de la galería. En minutos todos se unieron a mirar...de frente y desnudo, Enrico, aparecía pintado en la obra y la mujer abrazándole por la espalda.

DIAS ARCOIRIS

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Salí corriendo de casa, debía darme prisa para llegar a tiempo a una sesión de pintura. De camino me reproché haber accedido a prestarme como modelo, a sabiendas del pudor que eso me causaría. Apuré los pasos silenciando mi sabotaje mental.

En cuanto llegué me dieron una bata satinada en azul marino. Me señalaron un biombo donde debía cambiarme. Luego de unos minutos salí vistiendo la prenda para después colocarme frente a un grupo de personas tras un caballete y una paleta de colores en la mano.

Tiré de la cinta que anudaba la bata a la mitad de mi cuerpo. La prenda se abrió dejando entre ver mi desnudez. Sin pensármelo mucho, jalé la tela, misma que se deslizó con suavidad hasta caer a mis pies. Una sensación de calor subió por mis piernas hasta llegar a mis mejillas, debí ruborizarme. El bochorno sólo me permitía ver ojos observándome y no personas. Decidí relajarme para evitar caer al piso, como la bata lo había hecho minutos antes. Además, todos debían verme como otro objeto para pintar.

En cuanto concluyó la clase, me vestí y partí del lugar. Al día siguiente me presenté con un poco más de confianza. Ni esperé a que me dieran la bata, yo la tomé y me dirigí al biombo. En breve ya estaba frente a todos. Retiré la prenda y posé. Por fin pude ver los rostros del alumnado, quienes con suma atención me miraban, mientras sus manos trazaban diestras pinceladas. Tuve curiosidad de ver sus obras.

Nuevamente terminó la clase. La siguiente cita sería la última sesión. Ya le había tomado gusto, así que decidí disfrutarla. Al otro día me presenté y modelé sin inhibiciones. Comprendí que el cuerpo es arte y como tal debe ser inmortalizado.

Me perdí en mis pensamientos hasta que la mirada de uno de los alumnos, en el fondo del salón, me sacó de balance. Era atractivo, aunque me intimidó un poco esa cosa mala en su mirada que hasta me dio calosfríos.

En un santiamén terminó el modelaje. El profesor agradeció mi colaboración y todos secundaron con aplausos. Pese a mi timidez, la curiosidad me hizo levantar la vista para buscar al chico, quien precisamente se levantaba del asiento...pude verle un sospechoso abultamiento en la entrepierna. Me sorprendió viéndolo y me obsequió una sonrisa de malicia.

Luego de vestirme, salí con rapidez. Mi cuerpo aún temblaba por la adrenalina desatada por esa mirada. Me detuve en una esquina ante el cruce de una calle, en ese momento escuché pasos detrás de mí...era él, que apuraba su andar para darme alcance.

Un combinado de nervios y emoción circulaba por mi cuerpo. Tomó mi brazo y acercó su boca a mi oído para decirme: “vamos a mi apartamento, te mostraré cómo ha quedado el lienzo”. No respondí pero tampoco intenté soltarme y caminé con él.

Llegamos y el bastidor con el lienzo, que cuidadosamente traía cubierto con una mantilla, lo colocó sobre un caballete que tenía apostado a un lado de un sillón. Yo aguardaba de una sola pieza, observaba todo y me parecía increíble haber llegado ahí, dejándome llevar por las hormonas. Es que el muchacho me parecía encantador. Creo que de pronto uno debe darse la libertad sin culpas y otorgarle un bocadillo al gusto.

Él se me acercó muy despacio y aunque aún no me tocaba, yo ya lo estaba disfrutando. Me dejé llevar por su boca y me rodeó con sus brazos. Todo creció y encontró un espacio.

Y fuimos dos de un mismo sexo haciendo del amor universal, la vida.

EL INFINITO UNIVERSO DE LA PALMA DE TU MANO

Diana Alejandra Aboytes Martínez

De pronto estábamos detrás del reflejo difuso de nuestro tarro de cerveza. Rodeados de gente que acude al pub para pasar un buen momento y quizá tener sexo furtivo a espaldas de la pareja o buscar compañía para evitar otra noche con demasiado vacío bajo las sábanas. Sin embargo los tres sólo deseábamos olvidar la vida afuera y agregarle sabor de viernes a ese jueves loco en el que el coincidir se dio de manera imprevista.

Como un intento meramente demostrativo, Gabi y yo tomamos como sujeto de exploración a Christian, el único hombre en nuestra mesa, para hacer gala de nuestras tácticas de ligue y observar sus reacciones.

El escenario se convirtió en una selva de asfalto, donde ya no fuimos sino hembras a la caza del macho.

Ella comenzó recorriendo la pierna masculina, con la sutileza del tacto femenino. En él aparece un ligero estremecimiento, pero sin caer en la trampa por completo.

Tocó mi turno. Tomé su mano y sin plan definido, comencé a rozarlo con las uñas, como intentando escribir sobre la palma. Lo miré a los ojos para conectar con sus emociones. Entonces, observé la profundidad que guarda el anverso de la mano. Fue una caricia de la cual no sabía su potencia mortal...

La presa fue sometida.

FETICHE

Diana Alejandra Aboytes Martinez

El hombre no podía dejar de observar a una mujer que paseaba en zapatillas frente a sus ojos en el parque central.

A su andar le crecían miradas, unas lascivias, -los hombres no pueden disimular el deseo y hasta con los ojos penetran al objetivo-. Otras de contenido venenoso por parte de algunas mujeres de moral recatada o libertad frustrada.

Pero no era el aumento artificial lo que hacía girar cabezas, más bien, la elegancia peligrosa dominando sobre quince centímetros de la superficie. Aunado a esto, su sensualidad y contoneo bien equilibrados sobre muslos de catedral y pantorrillas moldeadas, tensas como el arco antes de ser disparado; los que sacudían a cuanto transeunte se cruzaba a su paso.

El caballero, embelesado, unió sus ojos con los de ella. La chica se estremeció, las hormonas se activaron exigiéndole al cuerpo actuar y en breve conjuntaron caminos. Curioso que de golpe brote algo así, pero el deseo es una vaga definición de fuerzas de atracción. Pronto ya no se les veía en el fondo de la calle, llegaron al sitio donde se dan encuentro las carencias.

A media luz, la habitación los acogió en ambiente clandestino. Ella se volvió lentamente, agitó con sensualidad su cabello, se le adivinó la petición de un beso en los labios. Al hombre se le desbordaba la mirada. La observaba aparentemente calmo desde la entrada del cuarto.

Pronto, semidesnuda, recostada esculturalmente como diosa griega; se ofrecía como festín al placer, similar a la que un hermoso fruto atrae a la lengua. Su curiosa mirada femenina pudo adivinarle el falo erecto bajo el pantalón.

Él se arrodilló sobre la cama, tomó sus muslos y les acercó su boca, los recorrió a besos hasta llegar a sus zapatillas. Las deslizó suavemente para retirarlas. Se levantó sosteniendo el calzado en sus manos, lamió y respiró con agitación sobre ellos. Su deseo desbocó en los tacones...

Asombrada y descalza, sólo lo miró correr con el par de zapatillas en sus manos.

SUCEDIÓ EN VERANO

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Monté mi moto y conduje por todo el eje que cruza la ciudad. El golpe del viento en el rostro me quitó el letargo que me produjo la jornada laboral de lunes. Necesitaba llegar a casa y dormir varias horas hasta el amanecer. Contrario a mis deseos, a mitad del camino, el bar donde se escuchaba música me indujo a bajar la velocidad y estacionarme para entrar. Pretendía beber sólo un par de cervezas,

escuchar un poco del rock que tocaba el grupo en vivo e irme. Me dirigí a una de las mesas cercanas al escenario. Tomé un lugar y comencé a corear Radio ga, ga, de Queen, que en ese momento cantaban.

Había tan buen ambiente que en breve me llené de la energía que proyectaba el cantante. No sé dónde dejé el cansancio, tal vez me lo tragué a sorbos con la cerveza o lo expulsé a gritos mientras cantaba, porque después de dos horas la banda terminó su presentación y yo seguía en el bar. Crucé unas palabras con el vocalista. Él se presentó: « me llamo Said » Por unos segundos quedé ensimismado en el reflejo ambarino de mi tarro de cerveza. Recordé que por la mañana mientras sacaba una playera del cajón, saltaron los guantes de piel que hace muchos años me había obsequiado el hombre que en ese momento estaba frente a mí...

Mirándome preguntó, « ¡no me digas! ¿Eres Paco? » Sin mediar más palabras nos abrazamos con el gusto del coincidir. No nos veíamos desde el fin de cursos de la prepa, cuando él se fue de la ciudad.

Nos pusimos al tanto sobre nuestras vidas y rememoramos nuestros años juveniles, cuando todo era viento a favor. Entre la plática recordamos a Lizzi, nuestra cómplice de travesías en madrugadas donde el peligro era una constante.

Siempre la vimos como una amiga, hasta esa noche de aquel verano... en esos años tocábamos en un grupo y después del toquín caminamos varias cuadras. El silencio permitía que nuestras voces transitaran la calle. Una lluvia pertinaz nos sorprendió de camino y corrimos hasta llegar al departamento de Said. Antes de pasar, entre carcajadas agitamos nuestra cabeza con las manos para eliminar el exceso de agua en el cabello. De pronto, como si hubiéramos mordido la manzana que Adán probó en el paraíso, nuestros ojos miraron lo que siempre estuvo ahí y no nos habíamos percatado.

La tela humedecida de la playera de Lizzi estaba ceñida a sus senos y en cada uno, un botón endurecido incitaba al tacto. Cedimos a la tentación y cada uno tomó aquella redondez que contenían muy bien nuestras manos. Adivinamos en

su rostro que la objeción no existía. Con un impulso primario, pegamos nuestras bocas como críos para alimentar el placer. Nuestras manos no conformes con lo que habían tomado, buscaron descubrir nuevos rincones. Sus labios, al igual que un imán, atrajeron los nuestros y la besamos por turnos. Nos despojamos las ropas y todo había crecido, hasta la mirada de ella. Nuestros ávidos cuerpos encontraron el modo y cambiamos las formas. Después de todo, los tres supimos que dos más uno es uno en la intimidad de una habitación.

Dos días después, nos enteramos de la trágica muerte de Lizi... en una borrachera agarró el auto deportivo de su padre, tomó carretera y volcó.

Siempre el destino hace las cosas a su manera y como le viene en gana y es él quien decide por nosotros. Finalmente esa noche me llevó hasta el bar, para reencontrar a mi amigo de antaño y recordar que no hay paso dado que no deje huella.

AMANECER EN DOMINGO

Diana Aejandra Aboytes Martínez

Desperté cuando el sol entró por la ventana sin avisar. Mis ojos fueron los primeros en moverse de un lado a otro después de varias horas de sueño.

Miré que tu ropa de salir estaba sobre la cama. Agucé mi olfato, pues desde la cocina venía el delicioso aroma del almuerzo que preparaste.

El aire estaba lleno de sonido. El tocadisco giraba con el LP de Bebu Silvetti al piano. Muy de ti eso de hacerte acompañar de música.

Intenté incorporarme y resbaló la cobija afelpada con que me cubrías en las noches de invierno, cuando me veías dormir y pensaste en un siempre como premisa.

Observé que de un clavo en la pared pendía un gancho con mi vestido corto de olanes. Y mis zapatos de charol que hacían juego con él, estaban afuera de su caja. Sonreí, esos detalles me venían bien.

Entraste a la recámara y tu sonrisa iluminó todo el espacio sin cubrir. Estaba tan feliz, que por fin quise dar un brinco de la cama...

Un sobresalto y sentí la sábana plegada dentro de cada puño de mis manos, en un intento de asirme quizá a una realidad inexistente. Me di cuenta que todo lo antes narrado fue efecto del dormir.

Y me senté a llorar tu ausencia a la orilla del sueño, mamá.

ILUSIÓN DE PAPEL

Diana Alejandra Aboytes Martinez

El sonido del silbato del cartero la arrancó del sueño. La noche anterior el insomnio la había acompañado y lamentó no haber utilizado los tapones anti-ruido que tenía sobre la mesita de junto. Cambió de posición e intentó seguir durmiendo, la luz ya penetraba por los resquicios de la ventana. Malhumorada dejó la cama y se dirigió al jardín, el pijama arrastraba a cada paso doblando las flores que cercaban el camino.

Jaló la manija para abrir el buzón, lo intentó varias veces sin éxito. El óxido provocado por la humedad de la intemperie hizo que se atascara. Entró a su casa, mientras servía una taza de café llamó a un herrero para que reparase el

contenedor de cartas. Pronto llegó quien con habilidad desenganchó la tapa dándole el contenido a la mujer. Ella revisó pasando una a una las cartas: pagos, publicidad... De un sólo movimiento dejó el puñado de cartas sobre la mesa y siguió bebiendo de su taza, con un dejo de monotonía en la mirada.

El reparador se acercó a la puerta de entrada a la casa para dar aviso de que su trabajo había concluido, no sin antes entregarle una carta que se había quedado atorada entre la cejilla del borde interior del buzón. Ella la tomó y pagó al hombre por su trabajo. En cuanto él se marchó, la mujer observó por ambos lados el sobre. El remitente no le era conocido, carecía de dirección y timbre postal. Supuso que la colocaron dentro directamente.

La abrió con cuidado, la fecha escrita databa un mes atrás. Eran pocas palabras hechas en bonita manuscrita, pero sus ojos se movían con rapidez sobre aquel maltratado papel.

"Irrumpió en el silencio de esta hoja en blanco para expresarle lo que su bello rostro le dice a mi mirada.

Mujer enigmática, es usted una puesta de sol en el atardecer de mi vida."

"Su seguro admirador: Pablo Guzmán"

No obstante su madurez, esas palabras la emocionaron como a una adolescente. Saberse admirada a determinada edad, es una fiesta para el ego. Volvió a observar la fecha en la carta y lamentó el tiempo transcurrido desde su envío. Tomó un bolígrafo y una perfumada hoja en blanco y escribió una breve nota de agradecimiento por tan bellas palabras, explicando el porqué en el retraso de su respuesta. Salió y la colocó en el buzón, esperando a que ese hombre pronto

tomara el sobre de ahí, no podía hacer más, la carta no podía ser enviada sin dirección postal.

Al otro día muy temprano, la mujer abrió de par en par su ventana y respiró el amanecer con el entusiasmo que un motivo ofrece. Al caer el sol, no se contuvo más y con una sonrisa nerviosa caminó hacia el buzón. La alegría se desdibujó de su rostro al observar que su carta seguía tal como la dejó. Molesta bajó la manija y se metió a su casa.

Más tarde justificó el hecho pensando que era lógico, puesto que había pasado un mes desde entonces.

Transcurrió una semana sin observar movimiento. Comenzó a desistir avergonzándose de su ilusión en la espera de un papel. Se fue a la cama decidida en que al día siguiente retiraría el sobre y olvidaría todo.

Cuando el alba se dio cita con la mañana, ella abandonó la cama. Vistió lo primero que encontró. Subió a su auto pensando que a su llegada sustraería el sobre, y condujo hasta la abarrotera donde mensualmente surtía sus insumos. Detuvo el automóvil en la tienda. Al entrar se percató que un gran moño negro pendía en lo alto. Pidió lo de siempre a una de las empleadas.

A su lado un par de señoras cuchicheaban sobre aquello del luto...

' Dicen que el infarto lo sorprendió en la sala. Y como vivía solo , no fue hasta la mañana siguiente que llegó la empleada de limpieza y dio aviso.

Pobre de don Pablo Guzmán, la muerte se lo llevó y sin haber amado.

Ahora su hermana se quedó con el negocio y todo su dinero, que afortunada'...

Sobresaltada con lo que había escuchado, la mujer no esperó sus compras. Subió a su auto y partió con la ilusión muerta en el pecho.

CURIOSIDAD PEREGRINA

Diana Alejandra Aboytes Martínez

La peregrinación de los sanjuaneros comenzaba a enfilarse en la orilla de la carretera. Hombres y mujeres caminaban, algunas de ellas con niños en brazos. Los adultos mayores iban con los años al hombro y la fe en el corazón. Todos dispuestos a andar por esos caminos de Dios.

Habacuc, era un joven de poca fe pero católico por tradición. Él se dispuso a embolsar algunos alimentos, pues planeó sumarse a la marcha. Aunque no debía alguna manda, lo llevaba la curiosidad por la serie de historias que corrían de boca en boca, respecto a las apariciones que se suscitaban en la madrugada, de algunos peregrinos que por alguna causa fatal no habían podido llegar hasta donde la Virgen. Quería ver con sus propios ojos alguna alma en pena y cuestionarle sobre el más allá.

Mochila al hombro, caminó junto con todas esas personas. Mañana, tarde y noche y nada anormal ocurría. Ya comenzaba a enfadarle el viaje. Cayó la noche y un anciano le dio alcance en su andar, con una caja de cartón en cada mano, sostenida y anudada con un mecate. El joven lo miró de reojo, le pareció demasiado viejo para soportar fríos y largas caminatas, más toda la carga que llevaba y aun así no se le veía exhausto. Sus pasos muchachos no correspondían a su edad.

Se hicieron de plática. A Habacuc le subió un escalofrío por la espalda hasta la nuca, tanto así, que todo lo que era pelo se le crispó. >>Huum, este debe ser un aparecido<<, pensó. Comenzó a preguntarle algunos detalles para ver sus reacciones.

—Y usted, ¿cómo se llama, don?

—Yo me llamo Arcadio Cadena.

—¿Y de dónde viene bajando hasta acá?

—¡Uuh! me vine andando desde allá, donde se mira esa luz.

En todo alrededor no se veía alguna luz a la que hacía referencia el caminante.

—Oiga, don Arcadio, ¿y viene a pagar una manda?

—Ya se moría mi Chavelita y la Virgen me hizo el milagro de salvarla, año con año vengo a cumplirle.

—¿Y qué lleva en esas cajas, pues?

—Ah, pos aquí llevo lo que voy recogiendo en el camino. Algunos atravesados.

<<Ja, este don cree que me hace tarugo. Si ya debe estar petateado>>, se dijo a sí mismo.

—Don Arcadio, seguro ni apercibe que usted ya está bien muerto.

—No muchacho, si el dijunto es otro.

Una luz cegadora fue lo último que vieron los ojos de Habacuc. Nomás se escuchó un golpe seco y un amarrón de llantas. Y la gente azorada comenzó a rodear la camioneta que quedó apostada entre la terracería y el asfalto.

POEMAS

ALUCINACIONES

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Desde que abandonaste en mis pupilas tu imagen
te posas en mí casi cada madrugada.

Surge en mí el deseo
de descansar sobre tu piel mí beso
y con las yemas de los dedos
mirarte sin verte.

Hundida en el silencio
intento rescatarte por pedazos
pero es inútil...

La sombra que invento
se difumina entre mis manos.

ESCRIBO

Diana Alejandra Aboytes

¿Me preguntas la razón?

Creo que ni yo misma
sé lo que me inspira...

Debe ser que en mi torrente
las palabras efervescen

y me hacen desvariar.

Los papeles blancos

cosquillean mis sentidos,

los tientan... los seducen.

Y la tinta de mi alma

se desvanece excitada

por el vaivén de mi mano.

Y en el éxtasis

del mundo de las letras,

muelo y renazco en cada error,

en cada frase, en cada verso...

En cada poema que fecundo

cuando escribo.

MUJER

Diana Alejandra Aboytes

Debajo de sábanas blancas

bañada de flores.

Olorosa, fragante... fragancia de miel,

anhelo y pasión.

Piel de satín

fuego en los labios

muslos labrados,

curvas moldeadas.

Redundancia de abismos

secretos guardados.

Con todo lo bueno,

lo malo, lo etéreo.

Mujer de entereza

de fuerza, coraje.

También de suspiros

de sueños, de amores.

TINTA SEDUCIDA

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Te imaginas...

Si por un momento fueses mi pluma,

ésa que deslizo por mis dedos

y en ciertos momentos introduzco en mi boca.

Sentirías el calor de mi mano

tras el típico vaivén.

Mojándote una y otra vez en el viejo tintero

adicionando placer...

Tu tinta correría precipitada

y terminarías arrojando letras
en papelillos blancos.

COMO MAR EMBRAVECIDO

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Con tus besos me extasiaste hasta la demencia
aún así, sumergí mis ojos en tu viril figura.
Recorrí lentamente tu anhelado cuerpo
peregriné por abismales y confusas grietas,
fue entonces que emprendí
un incansable viaje al universo.
Navegué en el mar embravecido del erotismo
bebí de sus aguas la sal.
Y al vaivén de cada ola
iban y venían mis caderas
que con cada reventar,
una espumante blancura
llenó la oquedad incognoscible de mi cuerpo.
Engendré el más profundo gemido,
emanación de mi vehemente

y lujuriosa locura.
Advertí delicadamente
la deliciosa fragancia
de la unión de nuestros deseos.
Ahora sólo yacen mis sentidos
embriagados del sabor de tu piel
de exquisita canela.

HUMO QUE ME BEBO CADA NOCHE

Diana Alejandra Aboytes

Vengo de un lunes lluvioso
con silencios que fracturan el cielo
y sueños trazando ventiscas.
La púrpura espera se ha vuelto granate.
¿Dónde estás? Necesito pistas.
¿Hay alguien amándote?
No te conozco, pero he estado contigo en mi mente
y en mis sueños he besado tus labios.
Mi silencio escucha tus palabras
pero el azul de tu voz no existe,

es humo que me bebo cada noche

desde este lado del sueño.

Si un día cruzamos y me reconoces,

espero recuerdes cuando eras la mano cubriendo mi espalda

y yo el rostro que asomaba a tu espejo.

YA NO

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Ya no invierto promesas.

Ya no tiro la voz a los acantilados,

a la aridez de las hojas sin lluvia...

No me miras.

No te veo.

Ya no me asusta el silencio

que se cuelga de las ramas.

Y del sabor amargo del olvido,

ya no muero.

ALQUIMIA

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Pétalos

remolino de flores

suave contacto de tu labio en mi boca

gusto prolongado del sabor

terciopelo de tu lengua

caricia de la saliva dulce

humedades que satisfacen

la tierra de las penumbras.

Abrazo de los tactos

expresión de lo efímero y perenne.

Alquimia del beso donde encuentro a Dios

y me consumo en el infierno de la carne.

DESDE EL INICIO DE LOS TIEMPOS

Diana Alejandra Aboytes Martínez

A los que el amor
nos niega tres veces
antes de que el gallo cante.
Y nos cuelga
de una de las ramas de la noche
hasta que el vacío nos ahorca.
Comemos la manzana
que Adán tiró en el camino
pero su fruto termina
mordiéndonos los labios.
Entonces,
desde el inicio y el final de los tiempos
enfermos de palabras
con fiebre y en delirio
escribimos versos en el viento
y nos creemos poetas.

ECOS DEL SILENCIO

Diana Alejandra Aboytes Martínez

Escucho el murmullo de una voz

¿Me llamas?...

No, es sólo el eco del silencio que pronuncia mi nombre.

Tengo frío,

mis pies descalzos no encuentran zapatos que los calcen

debe ser porque el amor se ha quedado dormido

o el desencanto lo mantiene atado.

Juego a ver las sombras

mirar y no ver nada,

sentir y estar tan lejos...

Hay noches que se alimentan de mi hambre

y no siempre ceno estrellas.

GOLPES DE HURACÁN EN LA MEMORIA

Diana Alejandra Aboytes Martínez

De tu mirada salen los silencios y las voces

faros intensos,

contraseñas del alma,

notas sueltas.

Golpes de huracán en la memoria

estremecimiento de ánimos en un grito retenido.

De tu mirada sale el hambre y el miedo

las hadas y los duendes,

ángeles y demonios.

Crece la noche, el día y los milagros...

La nostalgia que se oculta entre las zarzas

florecidas en la oscuridad.

De tus ojos nacen los versos que vuelan hacia dentro

mariposas encerradas en huertos solitarios,

en intento de encontrar compañía.

Es tu mirada la llave de mi historia

hecha con raíces de eternidad,

frutos y ríos que atraviesan el vientre del amanecer.

En tu mirada soy entraña de este tiempo sin tiempo

el más allá, las realidades, los ocasos.

GALERÍA



Presentación de la antología El Oro de Los Trigos. 2012



Sesión con el fundador del Taller Literario Diezmo de Palabras, escritor Herminio Martínez, finado.



Como jurado en categoría poesía y exponente en el primer concurso literario Herminio Martínez, 2016. Con sede en la Universidad de Guanajuato, Campus Celaya-Salvatierra.





DIEZMO DE PALABRAS

COORDINADOR: HERMINIO MARTÍNEZ

Lo más monstruoso y terrorífico que a los padres de familia nos puede suceder es darnos cuenta de que alguien o algo lastima a nuestros hijos. La literatura está llena de ejemplos: Jane Eyre, Oliver Twist, El lazarrillo de Tormes, La vida del Buscón, Rinconete y Cortadillo, más algunos excepcionales pasajes de Don Quijote de la Mancha. No es el momento ni es el espacio para hacer críticas a nuestro sistema educativo actual, pero basta asomarse a los espejos de esta hermosa niña para darnos cuenta de hasta donde la inocencia puede ser atropellada bajo la amenaza de un duro castigo si se rompe el silencio.

Las historias que nos cuenta Diana Alejandra Aboytes

A la curiosidad la enterré en el patio

Inquieta y curiosa. Esa sería la respuesta de quien descubriera a esa niña que fue en los setentas.

A la edad de tres años me gustaba trepar a la mesa donde mi papá reparaba licuadoras y planchas. La mesa era muy alta y en una de tantas veces me caí abriendo el tubo inferior. En otra ocasión, se me ocurrió meter un pasador para cabello en un enchufe, recibiendo una descarga eléctrica. Pero mi curiosidad me llevó a realizar la travesura más grande que recuerdo...

En el tiempo que tuve que vivir con mi abuela, en su casa vivían tres tíos solteros: Armando, Carlos y Antonín. Este último por alguna razón usaba peluca. Para una niña de cinco años que todo cuestiona, situaciones como esta le incitan a indagar, pide respuestas y si no las obtiene las busca.

Pues bien, yo quería saber por qué la usaba y cómo se veía sin ella. Obviamente mi tío no me concedió ese capricho, así que busqué alternativas...

El tío Toño trabajaba en una empresa en el turno de la noche, se levantaba tarde. Observé que para dormir se quitaba el cabello artificial, dejándolo a un lado de su ca-



ma y se cubría con la cobija de pies a cabeza.

Una mañana antes de que yo partiera al colegio, entré a hurtadillas a su cuarto, tomé la peluca y me percaté de que nadie me viera. Corrí hacia el patio trasero y la enterré debajo de un montón de arena. Buñ a la escuela deseando volver y ver su aspecto.

Al regresar, me asombró ver a mi tío peluca puesta otra vez, reprendiéndome por haberse la escondido.

Ese día prohibí por vez primera el famoso "peliñero de abuelita" que inercialmente me propinó mi abuela.

No quisé ni preguntar cómo es que diestru con ella.



Templo místico, mágico de luz y saber.

Litros... Salidas vestidas de marfiles lejas. Nuestro Senal, Herminio Martínez, escucha con albor de escrita y nos invita con palabras de poeta. Maestro, quien sabe ya en cada conación de sus discípulos. Gracias, siempre... (en Taller literario Diezmo de Palabras.)

Ana María

A lo largo y ancho de mi sueño aparece... Así, indabrido, incorpinto, estiro. Como suele ser tu imagen, como eres tu

La infame

En los años 60, la ciudad de Celaya, Gto. ofrecía pimsperidad a cuanto fuerro fligara. Por lo regular imaginaban de pueblos alejados en busca de una mejor suerte.

Uno de tantos fue la historia de un carajero del mercado Moctel. Quien trajo a su familia y al cabo de un tiempo vio fructificado su esfuerzo de levantarse antes que el sol apareciera y dormir hasta que la faena terminara. Ya contaba con una vivienda para su producción y una buena cantidad de carga. Su esposa e hijos "ya comían con manteca", como se acostumbraba decir en aquellos tiempos a quien se le veía prosperar.

Una mañana, también de una ranchería circundante llegó una joven llamada María Angustina. Esta, de unos diecinueve años de edad, bajita y de tez morena, buscaba trabajo, misma que obtuvo de dos ancianas que vendían queso ranchero en una tarasca a las puertas del mercado. Ganaba poco pero lograba subsistir. Pronto se ganó la confianza y comensuración de las ancianas, que en poco tiempo le ofrecieron un cuarto para que viviera con ellas. Por el momento, esto fue suficiente para la ambición que



cremataba a crecer en ella.

Después de unos meses hizo uso de su mejor arma para obtener lo que deseaba. Tejón su telarón y la dirigió a su pensión; el nararmpo sucumbió a los encantos de la etica, aunque no era muy agraciada, su juventud le ayudó. Lo fue resolviendo de tal modo, que el hombre transcurrió ya en esa dueño de su voluntad y complacía en todo a su amada. Le enseñó a conducir y le compró el auto que le pedía. María dejó de trabajar. Logró que el se divorciara y abandonara a su familia. Obtuvo todo poder sobre el hombre. En breve, aprovechándose de tenerlo en su palma, le sobó artemeramente sus bienes, dando un revés al frigidó amor que ella le profesó. Al decep-

cionado hombre no se le volvió a ver jurda.

La mala mujer venudó lo obtenido y compró una propiedad, convirtiéndola en casa de mala nota; donde regentaba trujeres multiplicando su riqueza con el oficio más antiguo. Su desmedida ambición se alimentaba en lo más bajo. Una noche, uno de tantos "visitantes" llamó su atención. Era un judicial muy bien parecido. Ambos se amaron y se hicieron amantes. El se percató del amor desmedido que ella sentía y con astucia y alevosía fue sacando ventaja. La desposó de todo, también de su amor.

Hoy día, esta mujer vaga por las calles del centro histórico palmeando para su "lechito" que no es otra cosa que una cajetilla de cigarrillos.

Ecós del silencio

Escucho el murmullo de una voz ¿Me llamas?... No, es sólo el eco del silencio que pronuncia mi nombre. Tengo frío, mis pies descalzos no encuentran zapatos que los caloren, debe ser porque el amor se ha quedado dormido o el desamor lo mantiene arañado. Juego a ver las sombras mirar y no ver nada, sentir y estar tan lejos... Hay noches que se alimentan de mi hambre y no siempre cenoz estrellas.



Evocación

Principio y fin, fuerza del misterio

Rebosamiento

Va no tiempo lugar para guardar el agua que los solas al río.



Presentación de antología, Voces de Laja



Presentaciones poéticas en Catas de Vino.

Vino, Chocolate y Poesía



Viernes 20 de julio 7:30 pm

Cuota: \$250 pp. Incluye una botella gratis p/persona
aplicable a los primeros 15 que depositen. Limite 16 de julio.

Cata de 3 vinos peninsulares (Portugal y España).
Maridaje: Chocolate, dulces y frutas

Director de cata: Henry Marín
Anfitrión: Profr. Antonio Hacha

Participación de:
Diana Alejandra Aboytes Mtz.
leyendo poesía erotica

Reserva tu lugar con anticipación:
Whatsapp: 461-3365903 y 461-1802809

Tinto Café & Galería de arte
Padre Insurgentes #110
frente al INE y templo de la Merced



VINOS, CHOCOLATES Y DULCES

VIERNES 2 DE AGOSTO

Acceso 7:30 pm / Inicio 8:00 pm

Vinos, chocolates, dulces...
...y **POESÍA!!!**
Te esperamos.
Reserva tu lugar a tiempo.

\$400 por persona
\$700 por pareja

Informes por whatsapp
* 461-1802809

Somm: Henry Marin

Poetisa y escritora:

Diana Alejandra Aoytes Martínez

Benito Lunch & Coffee
Calle 20 de noviembre #905
Col Alameda.
Entre Nayarit y Baja California



De manera consecutiva, participante en el Encuentro Internacional de Escritores en Salvatierra.



SIN UN NOSOTROS

Los solos son esos locos que aman,
aún sin el pronombre nosotros en los brazos.
Desnudos, como ángeles equivocados,
como soles rojos en un bosque oscuro.
Con labios que buscan la boca
y en su fiebre inventan besos
para que un relámpago dé luz
a la incesante muerte que los llama.



**Diana Alejandra
Aboytes Martínez**

Celaya, Gto.

**Ecos
del**



XIII Encuentro Internacional
de Escritores de Salvatierra

XIII Encuentro Internacional de
Escritores

Exponente en diversas plazas públicas.



Lectura en la Feria Nacional del Libro de León, Guanajuato 2019



Lectura en librería Libelli, Celaya, Gto. Contando con la grata presencia del propietario, maestro, Jorge Gordillo.



Con nuestro coordinador de taller literario, Julio Edgar Méndez. Presentación del libro La Risa remedio casero infalible. La más reciente antología. En Museo Octavio Ocampo. Celaya.

